Globethics Repository



Participación y pluralismo [Participation and pluralism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Waiss, Oscar
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-06 08:26:39
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222022

NUEVA SOCIEDAD NRO. 54 MAYO-JUNIO 1981, PP. 38-48

Participación y pluralismo

Oscar Waiss

Oscar Waiss. Abogado, escritor y periodista chileno. Autor de varios libros, entre otros: "Nacionalismo y Socialismo en América Latina", "Amanecer en Belgrado", "Los Problemas del Socialismo Contemporáneo", "Del Colonialismo a la Revolución", "Chile: Ni Siquiera una Tumba". Actualmente dicta cursos sobre "Derechos Humanos" en la Universidad de Frankfurt.

Clase obrera y proletariado en los centros y en la periferia

Se repite con frecuencia que la clase obrera de hoy es distinta a la que conocieron Marx, en su tiempo, y Lenin hace sesenta años. Sin embargo, cuando se trata de ahondar en la explicación de esas diferencias, se suele caer en las generalizaciones poco filosóficas y, lo que es más importante, se evita sacar conclusiones válidas para el progreso de la lucha social que comprende a la humanidad en su conjunto.

El gran teórico yugoslavo Veljko Vlahovic[1] observaba que Marx vislumbró el papel histórico de la clase obrera cuando el ingreso mundial se alzaba apenas a los 200 millones de dólares, que Lenin desencadenó la revolución de octubre cuando ese ingreso llegaba a los 600 millones de dólares y que, actualmente, se calcula en miles de millones de dólares.

El mismo Vlahovic señalaba que en 1900 había 64 millones de obreros y que en 1970 ya llegaban a más de 270 millones, de los cuales las dos terceras parten tienen alguna formación profesional.

Naturalmente que tales reflexiones nos enfrentan a dos cuestiones que es imposible eludir: a) qué se entiende por clase obrera y proletariado en el mundo de hoy, y b) en qué proporción o medida esta nueva clase obrera gravita en los países capitalistas avanzados, en los países socialistas y en los países subdesarrollados.

Si hubiere dudas sobre la importancia del problema en los países donde impera el llamado "socialismo real", bastaría con analizar los sucesos que ocurren en Polonia, país en el cual, evidentemente, existe por lo menos disociación entre el Estado y sus instrumentos de poder, incluido el aparato del partido dominante, con la clase obrera que lideriza una resistencia generalizada. Si meditamos en que esto ocurre después de treinta y cinco años de vigencia del régimen, debemos llegar a la conclusión de que el grado de conciencia de esa clase obrera alcanza una magnitud tal que necesita expresarse a través de una participación directa en la conducción de los asuntos que afectan al conjunto de la sociedad convulsionada.

[1] Veljko Vlahovic: "La Conciencia y la Vida Real".

Debemos considerar como integrantes de la clase obrera a todos los individuos que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo, que carecen de medios de producción propios y que no pueden subsistir independientemente; el proletariado, según las concepciones de Lenin, formado por los obreros de las industrias y las minas, es el destacamento de vanguardia de la clase obrera, su parte más consciente, su formación más combativa.

Sin embargo, actualmente la clase obrera presenta diferencias cuantitativas y cualitativas según la zona del mundo que analicemos; en los "centros" capitalistas la población activa es predominantemente urbana, mientras que en la "periferia" es en sus cuatro quintas partes rural[2]. Y este principio tampoco es absoluto ya que en el mundo árabe y, sobre todo, en América Latina, pese al subdesarrollo o tal vez como consecuencia de ese estado, la población urbana supera con creces a la del campo.

Preciso es señalar que la población urbana en los "centros" presenta una mayor proporción de "proletarios" que en la "periferia" y que el índice de desocupación es sensiblemente menor. El desempleo alcanza en los "centros" al 7% de la población activa, mientras que en la "periferia" suele superar el 20%. Los habitantes de las ciudades en América Latina son, en su mayor parte, empleados, burócratas, profesionales, militares y otras capas medias que alcanzan niveles de vida muy modestos y que se insertan, según la definición que hemos ofrecido, en la "nueva" clase obrera. En los países avanzados, en cambio, los obreros de la industria constituyen un porcentaje mucho más alto.

Estimaba Engels, en su tiempo[3], que "además de la burguesía y el proletariado, la gran industria contemporánea produce algo así como una clase intermedia, situada entre las dos primeras: la pequeña burguesía". Engels no conoció la sociedad actual, en que esa gran industria ha asumido la forma de consorcios monopólicos transnacionales, cuyo poderío llega hasta el extremo de que se beneficien con la plusvalía de la "periferia" aun los trabajadores de los "centros" y que, en consecuencia, las capas medias - expresión moderna de la pequeña burguesía - no sólo se hayan extendido cuantitativamente sino que hayan llegado, en muchas partes, a convertirse en los árbitros de la política contingente.

Esta situación, por diversas causas, se constata en los países capitalistas avanzados, en los países capitalistas relativamente desarrollados, en los sectores del mundo árabe (Egipto, Jordania, Emiratos), y en los países latinoamericanos más importantes. Pero mientras las capas medias en los países industrializados son económicamente estables, por lo que allí hasta se puede hablar de una "clase" media (o la pequeña burguesía de la que se preocupaba Engels), en los países menos desarrollados y empobrecidos esas capas medias viven en constante inseguridad

[2] Samir Amin: "La Estructura de Clases del Sistema Imperialista Contemporáneo" Mesa Redonda-78, publicado también en la revista "Cuadernos (Nº 1), Revista Argentina de Ciencias Sociales.
[3] F. Engels: "El Problema Militar en Prusia y el Partido Obrero Alemán".

y pueden inclinarse - como se ha observado reiteradamente - hacia las burguesías nacionales atadas por sus intereses a los monopolios, o hacia el proletariado y la clase obrera con su programa de "cambios" estructurales.

El hecho de que los "centros" en su conjunto obtengan beneficios de la explotación o superexplotación de la "periferia", modifica "subjetivamente" la disposición de la misma clase obrera para cumplir su misión histórica de sepultar al sistema social del capitalismo. Los obreros alemanes que constituían para Lenin una pieza esencial de la máquina revolucionaria europea, han adquirido un **status** que opera sobre la conciencia de la clase. No son, indudablemente, los mismos obreros a los que Lenin incitaba a la revolución socialista sino, mas bien, un cuerpo electoral al servicio del Partido Social Demócrata. Y aquí tenemos, ya, una prueba de las diferencias a que nos referíamos al comienzo.

Puede dar una idea del carácter gigantesco de la superexplotación ejercida por los "centros" en perjuicio de la periferia el hecho de que según J. N. Beherman y Pierre Uri[4], el producto bruto de la "transnacionalidad" para 1973 fue superior a los 430.000 millones de dólares: del 22 al 23% de la suma de los P.B.I. de todas las naciones capitalistas del orbe; si seleccionamos las cien entidades jurídicas mayores del mundo, incluyendo naciones medidas por su P.B.I. y empresas por su cifra anual de ventas, 59 son Estados y 41 consorcios transnacionales. Ni Marx ni Lenin conocieron una acumulación capitalista de tales proporciones ni pudieron desarrollar teorías constatando un desarrollo desigual semejante. Por eso, también, la clase obrera de hoy no es la misma que sirvió de modelo para las exégesis originales.

No se trata, y debemos enfatizar al respecto, de sostener que la "nueva" clase obrera ha dejado de ser la herramienta consciente de una sustitución revolucionaria del sistema, ya que ello equivaldría a reconocer la estabilidad del sistema capitalista. Pero, en las condiciones actuales es preciso partir de la base de que existen diversos grados de conciencia revolucionaria según sea la zona del mundo que observemos. No existe la misma "disposición" revolucionaria en los trabajadores de las naciones avanzadas que en los de las zonas subdesarrolladas. Esto explica la evolución hacia el parlamentarismo burgués de los partidos socialistas y socialdemócratas de Europa y el surgimiento del "eurocomunismo" en países como Italia, Francia, España y Japón. Ignorar estos hechos no sirve para buscar rectificaciones que vayan adecuando a los trabajadores para nuevas situaciones siempre probables si se considera las contradicciones internas del régimen capitalista. Siempre es mejor mirar de frente la realidad que seguir la política del avestruz.

Tenemos, entonces, que la evolución histórica crecientemente desigual ha provocado una división internacional del trabajo y una acumulación internacional de capitales que somete a la clase obrera a condiciones muy diferentes de explotación, a niveles de vida distanciados y a condiciones de influencia social muy di-

[4] Vivian Trías: "Las Transnacionales y la Influencia de la Escuela de Chicago en América Latina" Revista "Nueva Sociedad" (N° 38).

versas. Si se pretende aplicar a la clase obrera mundial un mismo padrón para medir sus acciones reivindicativas, se caería en el dogmatismo y los esquemas, lo que no significa que, en su conjunto, el movimiento obrero mundial haya dejado de ser el antagonista fundamental del sistema global de las transnacionales y el imperialismo. Por el contrario, sólo entendiendo que ahí se diseñan las oposiciones de fondo se puede practicar el internacionalismo proletario ya que, de otra manera, se caería en las "dependencias" de las luchas nacionales ante los grandes "bloques" económicomilitares que se disputan la hegemonía.

La nueva clase obrera en los países avanzados

Como efecto "secundario" de la superexplotación de la periferia de los grandes centros capitalistas, ha mejorado el nivel de vida de los trabajadores en los países industrializados. En algunos países, como Estados Unidos, República Federal Alemana, Suecia, Francia, Noruega y otros, con naturales variantes, existen sistemas de seguridad social muy completos, habitaciones confortables, automóviles, neveras, televisores en color y otros aditamentos que las familias obreras consideran como formas "normales" de supervivencia. En naciones de menor desarrollo relativo, como España, Italia, Portugal, Grecia y otras, los trabajadores han efectuado conquistas importantes que les permiten vivir mejor que antes de la Segunda Guerra Mundial.

Los partidos socialistas que surgieron en el siglo pasado con la inspiración del marxismo original llegaron a tener una gran fuerza política, sobre todo después del Congreso de Stuttgart en 1907, pero la Segunda Internacional fue incapaz de resistir la oleada nacionalista del año 1914 y sus partidos se plegaron a la "defensa nacional" patrocinada por sus correspondientes burguesías.

Sería una ilusión sostener que, en las condiciones actuales, la clase obrera de los países avanzados estaría dispuesta a sacrificar sus niveles de vida plegándose espontáneamente a una ofensiva contra el Estado burgués y aun a una acción supranacional ante la eventualidad de una guerra. En la crisis social más importante ocurrida en Europa en los últimos años, que fue la 1968 en Francia, con repercusiones sísmicas en otros países, la clase obrera fue mas bien una espectadora pasiva que una fuerza integradora. Esos acontecimientos estuvieron protagonizados por los estudiantes, los intelectuales de izquierda y sectores pequeñoburgueses que no consiguieron sumar a los trabajadores, pese a que éstos observaban con simpatía el movimiento.

En los países avanzados, la bandera de la revolución socialista, de la lucha armada y de los focos guerrilleros es enarbolada por los grupos extraparlamentarios, los pequeños partidos ultristas y algunos intelectuales, pero no han obtenido expresión significativa en las consultas electorales que sirven para medir las fuerzas. Los partidos socialistas y comunistas centran su actividad en las reivindicaciones laborales y en la lucha parlamentaria. En la práctica, en países como Fran-

cia, Italia, República Federal Alemana, Inglaterra, Portugal, Suecia, Holanda, Bélgica y muchos más los partidos obreros tradicionales son gobierno o alternativa de gobierno, en un "empate" político prolongado entre los sectores conservadores y los sectores progresistas de cada país, sin que los trabajadores den muestras de un exceso de impaciencia cuando pierden las elecciones generales.

El "eurocomunismo" es, indudablemente, una tentativa de incorporar a los partidos comunistas de una manera más directa al juego de las mayorías o minorías que gobiernan, pero esos partidos no han conseguido "convencer" a capas más amplias de su adhesión irrestricta a la democracia burguesa.

El español Santiago Carrillo es quien ha planteado con mayor audacia las metas de esa tendencia y ha dicho[5] "Los partidos incluidos en la corriente eurocomunista coinciden en la necesidad de ir al socialismo con democracia, pluripartidismo, parlamento e instituciones representativas, soberanía popular ejercida regularmente a través del sufragio universal, sindicatos independientes del Estado y los partidos, libertad para la oposición, derechos humanos, libertades religiosas, libertad de creación cultural, científica, artística y el desarrollo de las más amplias formas de participación popular en todos los niveles y ramas de la actividad social. Paralelamente, en unas u otras formas, esos partidos reivindican su total independencia en relación con todo eventual centro dirigente internacional y con los Estados Socialistas, sin por ello dejar de ser internacionalistas".

¿Qué tiene eso que ver con las viejas consignas revolucionarias de la toma del poder? Realmente, bastante poco, y la resistencia de muchos sectores - entre ellos los socialistas - para incorporar a los eurocomunistas en sus frentes electorales deriva de dos circunstancias ajenas a tales planteamientos: una es la relación que subsiste entre estos partidos eurocomunistas y los partidos comunistas que están en el poder (lo que crea fricciones de orientación internacional) y, la otra, el carácter de la organización interna de dichos partidos, considerada antidemocrática por los posibles aliados. En cuanto a Francia, la ruptura del frente común poco antes de una elección general decisiva impidió el desenvolvimiento de una experiencia en que la mayoría popular trataría de modificar las estructuras capitalistas. Queda solamente, como lejana referencia, la experiencia de la Unidad Popular en Chile, que dejó como saldo la derrota obrera por incapacidad o imposibilidad de controlar los instrumentos coercitivos del Estado burgués, o sea por la carencia de una estrategia de poder, que tampoco se observa en las fuerzas similares de otros países.

Es indudable que la historia seguirá ofreciendo coyunturas revolucionarias en la medida en que el régimen capitalista continuará sufriendo crisis cada vez más intensas; por eso la estrategia del desgaste ofrece el peligro de que la burguesía monopólica varíe las reglas del juego y sustituya el curso de las elecciones democráticas por el afianzamiento del terror estatal. Nadie ignora el financiamiento de los

[5] Santiago Carrillo: "Eurocomunismo y Estado".

grupos fascistas que operan en Italia, en España, en Portugal o en la República Federal Alemana; se trata de asustar a las capas medias ante el "peligro rojo", para obtener apoyo cuando haya que aplastar al proletariado. Un buen laboratorio experimental se ha montado en América Latina, con sus dictaduras militares terroristas.

Debemos hacernos cargo, por anticipado, de las dos objeciones principales que se pueden oponer a este planteamiento. La primera consiste en que la clase obrera de los países avanzados ha conquistado en duras luchas sus mejoras económicas y, la segunda, que la clase obrera continúa siendo dominada y explotada por el capitalismo, lo que la mantiene como el factor determinante de la historia.

Es cierto que la nueva clase obrera contemporánea ha obtenido, a través de duras luchas laborales, sus conquistas económicas y sociales; pero también lo es que la burguesía monopólica, gracias a sus inmensas ganancias arrancadas de la miseria del mundo subdesarrollado, ha podido ceder hasta ahora sin poner en peligro ni su sistema global ni sus utilidades cuantiosas. Esas luchas sindicales y las huelgas masivas se dan en un contexto de negociación y arbitraje.

En cuanto a que la clase obrera sigue siendo explotada por el capitalismo también es verdad, y eso mismo obliga a educarla para el enfrentamiento con el enemigo de clase y no en un clima de expectativa electoral; los árboles - o sea, la dirección política de la clase - impiden ver el bosque, es decir, la estructura económica y social que es preciso tomar por asalto. Por eso que mantener a la clase obrera en la escuela de la pasividad democrática puede traer consecuencias irreparables. El talón de Aquiles de todos los reformismos es la siembra de ilusiones sobre el valor inmutable de las instituciones burguesas, la santidad legalista y la profesionalidad de las fuerzas armadas tradicionales. Así se ha logrado sustituir insensiblemente la teoría leninista sobre el Estado por un fervor hiperdemocrático. Las consecuencias pueden ser explosivas y la historia no se mostraría indulgente con los responsables del descalabro.

La clase obrera en los países socialistas

Lenin observó ya el año 1918[6] que era más fácil comenzar la revolución que "proseguirla y llevarla a término". En los países donde los partidos comunistas han llegado al poder se evidencian dificultades, no sólo originadas en las intromisiones externas, sino en las relaciones entre gobierno-partido y la clase obrera respectiva.

Los dos problemas que esos Estados deben resolver a fin de movilizar conscientemente a la mayoría de la población hacia la sociedad comunista estable son el de la "participación" y el del "pluralismo ideológico". La experiencia yugoslava de la

[6] V. I. Lenin: Informe del 23/7/1918 a los comités fabriles de Moscú.

autogestión es valiosísima en cuanto ofrece a todos los trabajadores la posibilidad de participar en las decisiones y constituye una magnifica escuela en que los obreros aprenden a evaluar las leyes del mercado, el aumento de la producción, las condiciones del trabajo y la relación Estado-pueblo.

Por otra parte, a través de la actividad autogestora se expresan posiciones y tendencias que es legítimo puedan salir a luz y hasta oponerse al pensamiento oficial; Edvard Kardelj, en su último libro, dijo que el "pluralismo ideológico" era una consecuencia positiva de la sociedad autogestionaria. Y es natural que así sea, ya que si bien no parece probable el multipartidismo en los países donde ya existen gobiernos comunistas, si que lo es la libertad de crítica y la diversidad de respuestas.

Naturalmente que entendemos por "pluralismo ideológico" la expresión del pensamiento de todos los sectores que no tratan de destruir al Estado, sino de construir el socialismo. Sin embargo, en la práctica, la costra burocrática tiende a ahogar esas voces, lo que llegó a extremos insoportables durante el período de Stalin.

El hecho de que los partidos comunistas hayan debido asumir directamente el poder ha significado en la práctica una relativa "marginación" de las masas; un partido revolucionario debe encontrar los medios de empujar a las masas hacia nuevas formas de vida social sin temor al "tabú" de romper con los moldes imperantes. Si el partido se detiene - en su análisis, en su crítica, en su avance arrollador - corre el peligro de que su dirección política se convierta en una burocracia más o menos conservadora, y eso tiene que provocar fricciones y desengaños. En cierta medida se llega por "involución" al concepto de la defensa a toda costa del "orden" establecido; si bien en este nuevo "orden" las relaciones de producción son diferentes y se ha eliminado la influencia del capitalismo, ello no basta para elevar la conciencia de los trabajadores y permitir su cooperación "creadora". La llegada al poder no debe ser el fin de un período revolucionario, sino una fase de ese proceso en que el partido vanguardia se funde con la clase y extrae de ella iniciativas y orientaciones. En otra forma se desacredita fatalmente no sólo el Estado de dictadura proletaria sino el partido vanguardia que encabezó su conquista.

Este elemento "subjetivo" en la conducción de los Estados socialistas repercute fuertemente en los medios obreros de los países avanzados y subdesarrollados; los excesos del stalinismo desprestigiaron en tal forma a la "dictadura del proletariado", que es casi imposible explicar francamente la teoría del Estado marxista utilizando ese término tan caro a Engels y aplicado tan justamente por Lenin.

Carrillo llega a la conclusión[7] de que "la razón de que el término **dictadura** en sí mismo, se haya hecho odioso a lo largo de este siglo, que ha conocido las dictaduras fascistas y reaccionarias más abominables, entre ellas la de Franco, los crímenes del stalinismo - es decir, los fenómenos de corrupción de la dictadura del pro-

[7] Santiago Carrillo, Obra citada.

letariado -, los vicios del totalitarismo de uno u otro signo, es suficiente para justificar la renuncia a la utilización política de ese término".

Para Ernest Mandel[8], el abandono del término "dictadura del proletariado" por los partidos comunistas italiano, español, británico, sueco y belga, constituye nada menos que el contrapeso del Congreso de Gorlitz de la socialdemocracia alemana. La verdad es que no se trata de un problema de semántica, sino de una elección de connotancia político-práctica y que lo importante no es la "consigna" que se agita ante el pueblo sino la concepción del Estado y el uso de sus medios de coerción.

Parece importante que la clase obrera de los Estados en que se ejerce la dictadura proletaria se sienta estrechamente unida al movimiento obrero mundial y para ello es preciso el funcionamiento de un sistema de información amplio y no censurado. Los movimientos socialistas y de liberación nacional del resto del mundo no están dispuesto a sacrificar sus objetivos para servir intereses o posiciones circunstanciales de otros Estados. La elevación de la conciencia obrera en los países socialistas requiere la más amplia libertad y la más rigurosa veracidad en las noticias divulgadas; a la manipulación de los medios de comunicación de masas en los países capitalistas no se le puede oponer una manipulación similar en los países socialistas. La dictadura del proletariado, por lo mismo que representa la voluntad de las grandes mayorías nacionales, no puede tenerle miedo a que la verdad, cualquiera que sea su magnitud, esté al alcance de las masas.

La nueva clase obrera en los países subdesarrollados

Las reflexiones que siguen están dedicadas casi exclusivamente al proceso social latinoamericano, ya que en Africa y Asia la presencia de una clase obrera propiamente tal es más tardía y resulta difícil definir sus rasgos característicos.

El rol diferente de la clase obrera en América Latina deriva de que, como consecuencia del subdesarrollo y el retraso, las burguesías nacionales fueron incapaces de sostener gobiernos ampliamente democráticos, representativos, progresistas y estables. América Latina ha sido escenario de revoluciones, querellas, guerras civiles y toda clase de dictaduras militares o civiles. Las escasas excepciones, que corresponden a períodos de la historia en Uruguay, en Chile o en Costa Rica, no alcanzan a ocultar el trasfondo del dominio de capas reaccionarias siempre proclives a vulnerar la democracia si así les resulta conveniente.

La inestabilidad de los gobiernos se ha acentuado en la medida en que los "centros", a través de las transnacionales, aumentan sus presiones sobre la "periferia" latinoamericana, impulsando una dependencia cada vez mayor que retrotrae a las economías latinoamericanas hacia relaciones de tipo colonial o neocolonial; esta

[8] Ernest Mandel: "Crítica del Eurocomunismo".

dependencia, unida al funcionamiento ficticio de las llamadas "economías sociales de mercado", resulta posible por la complicidad de los sectores burgueses dominantes con los grandes monopolios que operan en la zona.

Las ganancias obtenidas por las transnacionales son inmensas. En el período 1975-1976[9] las inversiones privadas en los países en desarrollo proporcionaron a los Estados Unidos utilidades del orden de los 13.700 millones de dólares, mientras las nuevas inversiones fueron de 5.400 millones de dólares, arrojando un saldo de utilidad líquida de 8.300 millones de dólares. Para señalar un solo caso demostrativo, citemos un informe de la UNCTAD según el cual en 1968 las filiales mineras de las transnacionales norteamericanas en Centroamérica y Sudamérica exportaban a sus matrices el 82,5% de sus ventas totales.

Otro hecho determinante del papel jugado por los trabajadores en el continente latinoamericano es el crecimiento "salvaje" de las capas medias, formadas por elementos de la más variada condición, asentadas en las ciudades y cuyas condiciones de vida las acercan a la clase obrera hasta el extremo de resultar generalmente difícil trazar una línea divisoria entre ellas.

Al hablar de la "nueva" clase obrera en esta zona del mundo, partimos del principio ya señalado de que el proletariado industrial y minero, aunque constituye la vanguardia más consciente y activa, no representa a la totalidad de la clase; esto significa que el proletariado, con un programa concreto de reformas profundas - económicas y sociales - orientadas a sobrepasar el subdesarrollo y la miseria, puede encabezar un bloque capaz de arrastrar a la mayor parte de las capas medias y aun a la pequeña burguesía, entendiéndola en este caso como burguesía inferior, a los intelectuales de izquierda y a gran parte de la población campesina, lo que comprende a la mayoría de la población nacional y determina la estrategia a seguir: ya no se trata de entendimientos o compromisos con las formaciones burguesas tradicionales - que no sólo fracasaron en el pasado sino que hoy se ligan cada vez más estrechamente a las transnacionales - si no de una insurgencia nacional mayoritaria cuyo programa involucra las reformas propias de la revolución democrático-burguesa (obtenidas por la burguesía en los países europeos) pero las incorpora al proceso de transición al socialismo en un solo impulso revolucionario.

Conviene recordar que los partidos obreros, tanto socialistas como comunistas, se organizaron en América Latina - con algunas excepciones como el Partido Socialista de Chile - trasladando mecánicamente principios y programas europeos a un medio social profundamente distinto. Ha sido la inexistencia de partidos obreros con efectiva gravitación social lo que explica la sucesiva aparición de caudillos mesiánicos y tendencias "populistas" ansiosas de interpretar los anhelos de las grandes mayorías nacionales, pero incapaces - por la extracción burguesa o pequeño-burguesa de sus líderes - de conducir en forma consecuente una lucha de-

[9] Cita de Survey of Current Business tomada del estudio de Guillermo Maldonado, "A. Latina: El Desafío de las Transnacionales".

finitiva por la nacionalización de las riquezas en manos del capital extranjero, una reforma agraria real, la erradicación de los monopolios, la reconquista de la soberanía nacional, el imperio de los derechos humanos y las libertades fundamentales y, en fin, las metas propias de una transición al socialismo.

Esta misión ha pasado a ser propia de la clase obrera, integrada en la época actual a un proceso ininterrumpido hacia el socialismo y reforzada, insistimos, por la presencia cuantitativamente decisoria de las capas medias, gran parte de las cuales ofrece similitudes de ubicación socio-económica con el proletariado de la industria y de las minas. La fuerza de esta "nueva" clase obrera deriva del hecho de que penetra profundamente en las capas medias de las ciudades, y aun del campo, sector que gravita también de manera importante en todos estos países.

Este panorama escapa, por supuesto, a la realidad conocida por Marx en el siglo pasado y por Lenin en los primeros años del actual y no se presta para aplicarle los rígidos esquemas a que nos tienen acostumbrados los dogmáticos de toda clase. Por eso creemos que la teoría mecánica de la "acumulación de fuerzas" no es justa aplicada a los países de América Latina; no se trata sólo de sumar, por ejemplo para derrocar a las dictaduras, sino de proyectar hacia el futuro capas sociales y proyectos políticos. Si bien esto nos llevaría a un análisis de la política de alianza y de pactos, lo que no es nuestra intención, no podemos prescindir de referirnos a la necesidad de crear en América Latina bloques sociales independientes del control burgués, si queremos "incentivar" a las masas, conmovidas por fracasos "traumatizantes", como ha ocurrido en Chile, en Argentina, en Brasil y en otros países de la región. Esas masas han adquirido una conciencia social madura y están subjetivamente dispuestas a conseguir metas más ambiciosas que una simple democracia "formal".

Por otra parte, esa democracia "formal" o "limitada", consentida por el imperialismo dominante en la zona, está constreñida a mantener la dependencia frente a las transnacionales y aceptar la superexplotación de los trabajadores, y en la práctica los partidos y líderes de la burguesía son por anticipado los principales interlocutores de los monopolios en sus respectivos países.

La "nueva" clase obrera, organizada en un bloque por el socialismo o un frente de trabajadores, debe tomar las banderas de un nacionalismo defensivo y de un socialismo integrador, que han tratado de levantar los movimientos "populistas" (varguismo en Brasil, peronismo en Argentina, MNR en Bolivia, etc.), actitud que les ha permitido contar con el apoyo de las grandes mayorías nacionales. Las condiciones subjetivas son favorables para tal empresa, sobre la base de un proyecto político correcto y de una dirección revolucionaria madura. Como se ha visto recientemente en Nicaragua, las masas no rechazan la lucha armada contra la dictadura, - si se hace imprescindible - y se orientan hacia soluciones más radicales que una simple simulación democrática. Podrá ser el camino en Argentina, en Chile, en Uruguay, en El Salvador y en otros países latinoamericanos, porque un instinto histórico - que es una expresión de la conciencia de clase - le señala a los

trabajadores que la recuperación de las libertades es sólo un paso en la marcha hacia el socialismo.

Educar a las masas para la revolución es la tarea de las vanguardias; si se las presiona para someterse a la orientación de las burguesías nacionales con el pretexto de "acumular fuerzas", se corre el peligro de desorientarlas y frustrarlas; la revolución en América Latina, como dijo el Che Guevara, será socialista o se limitará a ser una caricatura de revolución.

Referencias

Amin, Samir, CUADERNOS. REVISTA ARGENTINA DE CIENCIAS SOCIALES. 1 - Las Transnacionales y la Influencia de la Escuela de Chicago en América Latina.
Amin, Samir, MESA REDONDA. - 1918; La Estructura de Clases del Sistema Imperialista Contemporáneo.
Carrillo, Santiago, EUROCOMUNISMO Y ESTADO. -
Engels, F., EL PROBLEMA MILITAR EN PRUSIA Y EL PARTIDO OBRERO ALEMAN. -
Lenin, V. I., INFORME A LOS COMITES FABRILES DE MOSCU. 23-07 -
Mandel, Ernest, CRITICA DEL EUROCOMUNISMO. -
Survey of Current Business, A. LATINA: EL DESAFIO DE LAS TRANSNACIONALES. -
Trías, Vivian, REVISTA NUEVA SOCIEDAD. 38 -
Vlahovic, Velijko, LA CONCIENCIA Y LA VIDA REAL. - 1978; Maldonado, Guillermo -- La Estructura de Clases del Sistema Imperialista Contemporáneo.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº54 Mayo-Junio de 1981, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**